Cuentiembre - Suzy Resendiz

Suzy Resendiz Wong

Image not found.

Capítulo 1

“Incluso los demonios habitan en los cuerpos infantiles. La oscuridad no conoce de edades, como tampoco la muerte”.

El despertador aún no había sonado cuando Amalia ya estaba despierta. En su rostro se dibujaba una enorme sonrisa, quizás era porque el periodo escolar pronto culminarían o tal vez estaba convencida que ese día cambiaría su vida para siempre; precisamente así sería, pero la ingenua niña no tenía idea de las implicaciones de la transformación.

Sus padres aún se encontraban en esa lucha diaria por despegarse de las sábanas, su hermano menor Darwin, ya estaba dando tropiezos por la casa. El infante de apenas cuatro años, parecía nunca dormir, ni tampoco necesitarlo.

Amalia, entusiasmada por ese viernes veraniego, decidió prepararse para su día escolar. Colocó sobre su pecho infantil la blusa blanca; posó sobre sus rellenitos muslos la falda de cuadros, subió por sus pantorrillas las largas calcetas blancas; alisó el uniforme, intentando acomodarlo lo mejor posible, aunque a la altura del obligo se alcanzará a ver su piel abultada, resultado de comer demasiadas frituras por las tardes y olvidarse de hacer los ejercicios. Se puso sus zapatos escolares y peino su largo cabello negro, su madre estaba demasiado ocupada para ayudarle con las trenzas, así que decidió que hoy llevaría el cabello suelto. A sus ocho años, aquella era la máxima acción de rebeldía e independencia que un infante podría tener.

Se miró por unos breves minutos en el espejo, hasta que esa vocecilla en su interior comenzó a inquietarle, intentando desvanecer la sonrisa de su rostro. El aroma de huevos fritos le hizo gruñir el estomago, como un animal hambriento, se arrastró hasta la cocina, pero hoy su madre no parecía estar de ánimos y únicamente preparo el desayuno de Darwin.

–Mamá, yo también tengo hambre –dijo suplicante a su progenitora, que consumida por la rutina diaria, el estrés del trabajo y la carencia de dinero, ignoro por completo a la menor.

–¡Gorda! –dijo una voz infantil y chillona, era Darwin, quien embarrado con el huevo le dio un fuerte abrazo a su hermana.

–No me digas gorda –dijo molesta, liberándose de los brazos pegajosos de su hermanito.

–Pero si eres gorda –replicó el niño con inocencia, ignorando que sus palabras eran tan filosas como una navaja, se hundían en la profundidad del corazón de Amalia, desgarrando su autoestima. Ella era una niña que

siempre había sido obesa y nunca le había molestado, sino hasta hacía unos seis meses, cuando en el colegio empezaron a llamarla "manatí" en un son de burla.

–No soy gorda, ¡Negro! –exclamó con furia, dejando salir de su interior a su pequeño monstruo iracundo –Soy de huesos amplios, por eso me veo más grande, pero no soy gorda. Cuando llegué a los quince voy a crecer mucho y seré más flaca que papá, él me lo ha dicho –agregó con cierta alegría –En cambio tú si eres gordo, ¡mira esos cachetes! –dijo y pellizcó las mejillas regordetas de su hermanito.

–No es verdad –peleó el infante –¡Suéltame! –exigió, sus mejillas se tornaron rojizas por el fuerte pellizco de su hermana; sus pequeños ojos cafés se llenaron del brillo previo al llanto, y como un acto reflejo, las lágrimas se aventaron por la cuenca de sus ojos, en un acto suicida, cayendo de prisa por los bordes de su rostro hasta extinguirse en su cuello. Amalia, consciente de las implicaciones que traía consigo hacer llorar a su hermano menor, huyó de prisa de la casa, cual si fuera un bandido que había atacado a una solitaria víctima en la confidencia de su hogar.

Esa mañana en particular no se despidió de sus padres, los notó demasiado preocupados y molestos, probablemente habían vuelto a discutir por la falta de dinero. Desde que ella tenía memoria, el dinero había sido el motivo de muchos pleitos en su familia; por ello empezaba a considerar que el dinero era el peor mal, incluso mayor que la muerte. Cuando su abuela murió toda su familia se reunió a llorarla, eran todos como hermanos, y cuando hubo que pagar las cuentas comenzaron los pleitos. Lo recordaba bien, porque su tío Alberto hizo un escándalo en la puerta de su casa.

El trayecto hacía la escuela era corto, apenas de dos cuadras. Amalia se entretenía en el camino pensando en las cosas que haría ese día, en como pronto dejaría de ser el manatí y volvería a ser Amalia. Antes ir a la escuela resultaba un sufrimiento, el camino hacia el colegio era el preludio de su infierno, sin embargo, la situación de ese día era distinta. El día anterior a ése, sus compañeros le dijeron que estaban algo cansados de molestarla y decidieron poner fin a su suplicio, únicamente debía pasar una prueba y demostrar ser digna de la amistad que le ofrecían los quince infantes, quienes conformaban el alumnado de su grupo escolar. Le prometieron que sería algo sencillo y simple, solo debía ser valiente.

Ser valiente para Amalia era pan comido, hay que tener valor para enfrentar el mundo cada mañana y ella lo tenía. Desde hacía seis meses que la primaria se convirtió en mal sueño y aún así, cada mañana se levantaba para enfrentar el infierno escolar. Si eso no era valentía,

entonces ¿Qué lo es?

El terrible calor de la mañana había causado estragos en Amalia. Llevar el cabello suelto no fue una buena idea, estaba ya revuelto y su cuello le sudaba por borbotones, se sentía acalorada e incómoda, mas no dejaría que ello le arruinará el día. Se paró a unos pasos del portón escolar y miró la escuela, la misma que había considerado un segundo hogar y que paulatinamente se transformo en una pesadilla. Estaba convencida de que pronto despertaría de ese sueño.

Hoy era el último día de clases, por lo que solo tendrían sus primeras cuatro horas y después habría un ensayo general para la clausura de fin de curso. Este año no había querido participar en el festival, a pesar de las insistencias de su padre, quien adoraba verla vestida con los trajes regionales. Para el hombre de treinta y ocho años, Amalia era una princesa, un diamante puro, una belleza casi divina. Su amor paternal le cegaba de la verdad.

Amalia no era una niña fea, pero tampoco agraciada. Estaba pasada de su peso por veinticinco kilos, era demasiado bajita para su edad, por lo que lucía más redondita; su piel se teñía de un hermoso color canela, pero según ella, nunca hubo belleza en aquel color; sus ojos eran cafés, tenía la misma mirada cariñosa de su padre; su cabello era negro, largo y alborotado, por esa razón siempre lo trenzaba, más que cabello era una maraña de pelos; sus piernas y brazos estaban llenos de piquetes de moscos, que se irritaban e infectaban, al grado que resultaba asqueroso mirarlos. Así era Amalia, una belleza escondida entre los desdenes del sobrepeso y los piquetes de mosquitos. Si bien no era fea, porque nadie lo es, así se percibía a ella misma; un horrible cuerpo, rebosante de grasa y picaduras, que andaba por la escuela, tratando de pasar desapercibida con una máscara que disimulaba todas sus inseguridades.

Caminó entusiasmada a su salón, ignoraría las bromas y chistes de mal gusto que pudieran gritarle los demás niños, se enfocaría en el mañana y eso le daría el valor para superar la afamada prueba. Como de costumbre entro al salón, pero en esta ocasión no hubo burlas, nadie la llamo gorda, negra o manatí; mucho menos le aventaron algún trozo de papel o basura. Sus torturadores seguían ahí aunque nadie le miraba.

“¿Es la prueba?, ¿van a ignorarme?”, pensó. Se quedó de pie al borde de la puerta, esperando una reacción e inclusive un insulto, mas no paso nada. Aliviada caminó hasta el fondo del salón, se sentó en su banca y dejó caer a un costado la pesada mochila. Contempló en silencio a sus compañeros, aquellos niños, de entre ocho y siete años, se habían convertido en sus martirizadores desde hacía seis meses atrás.

Todo comenzó un lunes de Enero, alguien consideró que era gracioso reírse de la lonjita que se le formaba en la espalda, luego comenzaron a

notar que no era una, sino varias; y entonces, lentamente, como las gotas de lluvia que caen en una ligera llovizna, comenzaron a caer los apodos; al final del día esa llovizna se torno en un torrencial de burlas. Y esa lluvia no había dejado de caer por seis largos meses, hasta esa mañana.

Miró la paleta de su banca de madera, en ella estaban ralladuras de otros ciclos escolares, pero recientemente se habían agregado algunas palabras, la mayoría estaban escritas por los pequeños diablos que la acosaban. La llamaban de tantas formas, todas eran despectivas y humillantes. Acaricio la madera, en cierta forma le recordaba a ella, así estaban tatuados sobre su alma todas las palabras que le habían gritado, una a una habían ido desgarrando su personalidad y transformándola en lo que era ése día. Aunque ellos dejarán de molestara, Amalia estaba segura que ella, ya no sería la misma.

En su interior, había nacido un ser que la atemorizaba cada vez que se veía en el espejo o se desnudaba para bañarse, aquella voz le hablaba como un susurro en sus oídos, cargada de oscuridad y odio. Esa voz que sonaba como ella, siempre le recordaba lo asqueroso de su cuerpo; era la misma que muchas veces la llamo bonita y ahora la aborrecía. Su propio demonio.

Las clases transcurrieron con normalidad, a excepción de la falta de insultos y humillaciones, todos le ignoraban por completo, era como si fuese un fantasma. La indiferencia de sus compañeros le resultó reconfortante porque no la molestaban, pero con el paso de las horas empezó a tornarse agobiante. Ser invisible comenzaba a asfixiarla.

–Camila –susurró a su compañera que sentaba justo enfrente de ella, quien solo la ignoró – .Camila, ¡Camila! –insistió con más fuerza, mas la niña de coletas no respondió, se aventuró a tocar su hombro sin obtener resultados, Camila, solo dio un respingo, como si se hubiese asustado.

"Esta es la prueba", pensó con ingenuidad ". Quieren ver si puedo resistir a la soledad, debe ser eso, por supuesto que puedo. Mañana todo será diferente", caviló para sí misma y soltó un largo suspiro a manera de resignación.

El timbre sonó cerca de las once de la mañana, avisaba a los infantes la culminación del último día de clases. Amalia tomó sus cosas y se despidió de su banca, la única que le había acompañado en ése largo día. Al salir del salón tropezó con unos niños, se preparó para escuchar sus insultos, pero ninguno le dirigió la palabra, ni siquiera la miraron.

Estaba dispuesta a marcharse a casa, aún sin comprender del todo la indiferencia de sus compañeros, cuando escuchó los cuchicheos de unas

niñas de su salón, era imposible ignorarlas porque hablaban de ella.

–Si dices Amalia tres veces se te aparece la gorda –dijo con despotismo Lucía, una niña de ocho años, que con su corta edad ya conocía la satisfacción siniestra de humillar a otros –. ¿Quieren intentarlo? –preguntó a las otras cuatro niñas que la rodeaban, cual si fuera un especie de ídolo social. Todas se miraron, unas a las otras, consultándose mentalmente si debían hacerlo, en un unisonó afirmaron, querían intentarlo.

Amalia que estaba de pie a escaso medio metro, simplemente les observo, no hizo por discutirlo, sabía por su experiencia que pedir respeto no cambiaría la situación, en su mente se repitió que debía soportarlo por una última vez. Cerró los ojos, apretó los puños y espero caer el torrencial de palabras. Pasados un par de segundos se percató que nada ocurría, entonces abrió con temor los ojos, pero las niñas ya se alejaban de ella.

–No puedo más, no comprendo –dijo y corrió detrás de las niñas –¡Lucía! –gritó y una vez más la ignoraron por completo –. ¡Hey! ¡Hola! Lucía, ¡No me ignores! ¡Estoy aquí! –grito y sintió el aire escaparse por sus pulmones, se detuvo en seco al sentir sus rodillas tambalearse y a sus pulmones colapsar. Su cuerpo obeso y su carencia de ejercicio le estaban ahogando.

–Maldita gorda, ni correr puedes –susurró una voz desde el interior de su mente.

–¡Cállate! –gritó, sin importarle que otros pensarán que estaba loca, reunió sus fuerzas hasta alcanzar a sus compañeras. Las niñas se habían dirigido hasta el área del basurero escolar, esa era una zona sin supervisión adulta y a la que tenían prohibido asistir. Amalia quería saber si había pasado la prueba, o si su indiferencia sería para siempre, se olvido por completo de las recomendaciones de sus padres, de las reglas escolares y de su propio instinto que le advertía alejarse. Frente al cerro de bolsas negras y algo de basura regada, se encontraban las cinco niñas, repitiendo en coro un mantra.

– ¡Amalia, la gorda, aparece pronto, Amalia te invocamos desde la muerte! –repitieron en un cántico macabro. Amalia sintió un escalofrió recorrerle la espalda, era absurdo que la invocaran desde la muerte si ella estaba ahí, viva, respirando y agitada por haber corrido tanto.

–¡Aquí estoy! –gritó y jaló del brazo a una de las niñas, quien solo brincó dando un fuerte grito.

–¡La he sentido! –exclamó la niña con nerviosismo –. Es su espíritu –agregó.

–No seas ridícula, ¡Soy yo! –dijo con un tono de ira y desesperación, sujeto de los brazos a Lucía, quien tenía una cara de espanto – ¡Ha sido una broma muy cruel!

–Algo… Me sujeta mis brazos –dijo temblorosa y con el rostro atemorizado, se soltó de las manos de Amalia con tanta fuerza, haciendo que la pequeña niña obesa cayera hacia el suelo. Se golpeó la cabeza con una piedra, sintió un agudo dolor sobre su ojo izquierdo, escuchó un par de gritos a su alrededor y vio a dos niñas correr despavoridas – .Ha sido la muerta, ha sido ella–

–No estoy muerta –murmuró con apatía, el dolor en su cabeza era intenso. Se quito de los hombros la pesada mochila, intentó ponerse de pie, pero todo le daba vueltas. En su mente retumbaban las palabras "está muerta"; ¿realmente lo estaba? Quizás por esa razón ese día todos la había ignorado, incluso ahora seguían haciéndolo, debía estarlo, pero ¿Cómo? ¿En qué momento? Lucía se acercó a unos pasos de Amalia, seguía sin dirigirle la mirada, ignorándola por completo.

–Pobre Amalia, mi mamá me contó que se cortó sus venas, pobre gorda –dijo con hipocresía, en sus palabras no había el menor arrepentimiento, a pesar de ser una de las torturadoras de Amalia –Aunque si yo fuera tan fea como ella, también lo hubiera hecho, ¡no!, yo no soy tan idiota –agregó consiente del filo de sus palabras, pero no le importaba; ella y las otras dos niñas rieron, como si se tratase del mejor chiste de sus vidas –Era una gorda asquerosa, cerdosa y llena de grasa.

–¿Recuerdan sus piernas? –preguntó otra de las niñas.

–¡Claro! Como olvidarlas, llenas de esos puntos rojos y amarillentos, era muy asqueroso, no sé como la dejaban venir así a la escuela –dijo Lucía, como si hablará de un animal.

Amalia estaba destrozada, realmente nadie podía verla, o al menos eso parecía en ese momento. La máscara de fortaleza se quebró en ese instante, sus ojos se llenaron del líquido salado, la amargura fluyo por sus ojos y su rostro se empapo, comenzó a llorar tan fuerte, que ya no podía escuchar los insultos que despotricaba Lucía, aún después de su muerte seguían humillándola.

–¿Y vas a dejarlo así Amalia? –susurró su voz interior, ese demonio que la había torturado desde que comenzaron a llamarla manatí –. ¿Vas a dejar que esas niñas se rían de ti?, ya no necesitas seguir las reglas, estas muerta y este es tu infierno o tu cielo, solo debes elegir ¿Por qué lloras? Estar muerta no es tan malo, ¿no te has dado cuenta?, podrías hacer lo que quieras con ellas y nadie te castigaría, porque nadie puede verte.

¿Vas a dejarlo así? –insistió una vez más.

–No puedo lastimarlas –dijo entre sollozo.

–Tus labios dicen una cosa, pero yo sé lo que realmente deseas. Quieres que Lucía cierre su maldita boca de una vez, que dejen de llamarte gorda, que no te burlen más, lo deseas; pero más que el simple silencio, quieres venganza. Yo soy tú y tu eres yo, somos el mismo ser, la diferencia es que yo soy honesta y acepto mis deseos más maquiavélicos y tú, eres una hipócrita mentirosa, igual que Lucía, finges ser feliz contigo misma y sabes que en el fondo, odias cada gramo de tu cuerpo, pero más odias a quien te hizo detestarte a ti misma. ¡Recuerda!... ¿Quien inicio tu pesadilla? Fue Lucía. ¡Sí! ¡Ella fue! –exclamó aquella voz con un tono de excitación, como si el simple hecho de incitar la venganza le produjera un éxtasis.

El corazón de Amalia se detuvo por unos momentos, su cabeza se apagó por completo y miró a Lucía, como si estuviere embelesada por su imagen. Y entonces, después de esa efímera calma, algo se quebró por completo en Amalia, una grieta se abrió en el interior de su alma y de ella emergió la oscuridad. Su demonio cautivo se liberó, apoderándose por completo del cuerpo de Amalia, fundiéndose con ella en un mismo ser, devorando por completo la inocencia que había en ella, el amor de su corazón se cubrió de una oscuridad maldita. El demonio la poseyó.

Amalia miro el suelo, buscando un instrumento que le permitiera ejecutar sus macabros deseos. Tomó un cristal que había en el piso, lo apretó con tanta fuerza que su mano se cortó, pero ella ahora era inmune al dolor. En su mente la única palabra que tenía cavidad era la venganza. Con agilidad se levantó del suelo, olvidándose de la pesadez de su cuerpo y aventándose sobre Lucía, quien solo pudo gritar. El cuerpo de Amalia aplastó a Lucía al impactarse contra el suelo, la infante no paraba de gritar atemorizada, y en esta ocasión sus ojos se posaron en los de Amalia, podía verla.

–¡Es una broma! –gritó atemorizada, al percatarse del vidrió que sostenía en su mano Amalia, mas ella le ignoró por completo. Y sin dar oportunidad de explicaciones, como si rebanara un pedazo de carne, asesto una y otra vez el cristal sobre la garganta de Lucía; las otras dos niñas gritaban histéricas y una de ellas corrió despavorida. Amalia sintió el calor de la sangre emerger del cuerpo de su compañera, quien pataleaba por unos instantes mientras se ahogaba en su líquido vital.

Una risa diabólica se pinto en la cara de Amalia, y de nuevo continuó la tortura, hundiendo el cristal en los ojos de Lucía, hasta que ésta dejó de moverse. Su corazón parecía que explotaría del éxtasis que recorría su sangre; y fue ahí, cuando el calor de la sangre de Lucía la había bañado por completo que comprendió: no estaba muerta. Su mano derecha le

dolía, y podía sentir en la comisura de sus labios el sabor de una gota de sangre que le había alcanzado la boca, un dulce néctar que le fascinó.

Efectivamente, su cuerpo estaba vivo y había nacido en ella una nueva Amalia, sin embargo, la dulce e inocente niña, había muerto con Lucía. Los compañeros de Amalia la torturaron por seis meses, ellos eran los demonios de ese infierno; pero al final ella se convirtió en la más fuerte entre los monstruos infantiles. La tierna Amalia desapareció, liberando toda la oscuridad de su interior, dejando libre al demonio de su corazón.